

LIBROS

LA INTIMIDAD DEL GENIO

SIGMUND FREUD-OSCAR PFISTER, *Correspondencia 1909-1939*, Fondo de Cultura Económica, 1966, 142 pp.

El género epistolar es árbol de hoja perenne. Quizás por implicar el realismo más vivido y menos manipulado. En este género Sigmund Freud, sin proponérselo desde luego, figura ya como un clásico. La nitidez de su estilo, la cordialidad, el humor y la sagacidad psicológica que vierte en sus cartas son méritos suficientes para justificar y estimular su lectura.

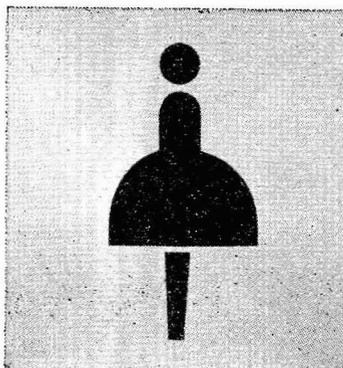
El Fondo de Cultura acaba de publicar, en una excelente traducción de Matilde Rodríguez Cabo y Jasmin Reuter, la correspondencia cruzada entre el fundador del psicoanálisis y el pastor protestante Oskar Pfister a lo largo de 30 años de amistad entrañable. Esta colección de 99 cartas, 68 de las cuales pertenecen a Freud, es de gran interés por muchos motivos. En primer lugar, porque nos proporcionan un conocimiento más inmediato de la persona humana y de la personalidad científica de Freud —y de uno de sus más destacados colaboradores de la primera hora. El maestro vienés aborrecía toda publicidad y quizá no hubiese autorizado jamás en vida la publicación de sus cartas. Pero, habiendo investigado él mismo con tanta penetración, empeño y audacia el origen psicológico de todas las obras y acciones humanas, no podía evitar este efecto de *boomerang* de su propia obra: el interés por el psicoanálisis tenía que revertir forzosamente en interés por su fundador. ¿Qué condiciones psicológicas —carácter, historia vital, relaciones interhumanas, etcétera— hicieron posible en Freud el descubrimiento y el desarrollo del psicoanálisis? En su correspondencia con Pfister, Freud se nos muestra consciente de las limitaciones de su genio, siempre dispuesto a descontar el "coeficiente personal" de todas sus contribuciones científicas, abierto a la discusión y esperando de la "praxis" únicamente, y no de los razonamientos metafísicos, la confirmación o la rectificación de sus teorías. Es típico, por ejemplo, el pasaje en que admite por anticipado una posible refutación "culturalista" de sus generalizaciones "biologistas", aludiendo precisamente a Malinowski (p. 101). Nada más lejos de él que el fanatismo de algunos de sus discípulos.

Pero es otro aspecto el que le da a esta publicación un interés excepcional: a través de esta correspondencia Freud se ve obligado una y otra vez a tomar posición frente al fenómeno religioso. O. Pfister era, no sólo un creyente sincero, sino un pastor protestante con cura de almas, por decirlo así un profesional de la religión. La sinceridad religiosa del pastor no era obstáculo a su adhesión incondicional a los principios psicoanalíticos. Para Freud esto era una de esas contra-

dicciones que hacen interesante la vida; pero debió ser también un motivo de incesante perplejidad para sus convicciones ateas. Una vez expresó su envidia de las posibilidades terapéuticas que su función le brindaba al pastor Pfister: podía ayudar a los jóvenes a sublimar sus conflictos por el cauce más cómodo: la religión. Sobre el valor último de esta sublimación, sin embargo, sus dudas fueron creciendo con el tiempo y todos los argumentos del pastor protestante pudieron retardar, pero no modificar la posición del maestro.

En 1909 Freud afirmaba taxativamente la neutralidad del psicoanálisis como psicoterapia frente a cualquier *Weltanschauung*, religiosa o científica. "En sí, escribía (p. 15), el psicoanálisis no es ni religioso ni lo contrario, sino un instrumento neutral del que pueden servirse tanto el religioso como el laico, siempre que se utilice para liberar a los que sufren."

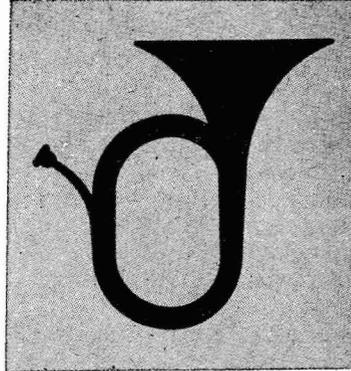
En 1927, sin embargo, Freud publicó "El futuro de una ilusión", formulación rigurosa de sus opiniones respecto a la religión. Allí la considera como una ilusión colectiva compensatoria del desamparo biológico del hombre. Esta publicación puso a prueba la amistad entre ambos hombres. O. Pfister escribió, con la anuencia de Freud, una contestación de elocuente título: "La ilusión de un futuro", en que mostraba lo problemático de la inversión operada por el maestro vienés: la ciencia venía a convertirse en un *ersatz* enmascarado de la religión. La amistad salió indemne y enriquecida de esta prueba y es ésta una de las grandes lecciones del libro que comentamos; pero Freud no hizo en adelante otra cosa que radicalizar sus tesis. El psicoanálisis seguía siendo para él una técnica religiosamente neutral y podía muy bien ser aplicada por católicos, budistas o ateos; pero la religión como tal era para él un resto de infantilismo, la realización simbólica de un deseo infantil compensatorio. El psicoanálisis de sujetos religiosos le había mostrado los mecanismos psicológicos que se hallan implicados en la génesis y estructuración del fenómeno religioso y en este plano



reductivo era muy difícil discutirle. Pero en última instancia era su propia *Weltanschauung* positivista la que le obligaba a negar toda validez a la suposición de un orden divino en el cosmos. "El análisis, escribía en 1929, no proporciona ningún nuevo concepto del mundo. Pero no necesita hacerlo, ya que se apoya en el concepto científico del

mundo con el que el religioso es incompatible" (p. 124). Y un año más tarde explicaba así su reticencia frente a los valores del espíritu que sus adversarios le reprochaban: "Yo tengo mucho respeto por el espíritu, pero ¿se lo tiene también la naturaleza? Es sólo un fragmento de ella y el resto parece poderse arreglar muy bien sin ese fragmento." ¿Qué hubiera pensado ante la interpretación de la naturaleza dada por un sabio tan materialista (en el enfoque científico) como él, como lo fue Teilhard de Chardin? No es fácil conjeturarlo. El debate sigue abierto; pero la lectura de esta correspondencia entre un cristiano y un ateo, moralmente íntegros ambos y amantes de la verdad, puede ayudarnos mucho, al menos a descartar el coeficiente personal y epocal de los términos de la discusión.

ARMANDO SUÁREZ



TRANSFORMACIÓN DEL HÉROE EN ESTATUA

ERNESTO LEMOINE VILICIANA, *Morelos. Su vida revolucionaria a través de sus escritos y otros testimonios de la época*, Universidad Nacional Autónoma de México, México o, 1965, 715 pp.

Para conmemorar el bicentenario del nacimiento de Morelos y el sesquicentenario de su muerte, la Coordinación de Humanidades de la Universidad Nacional ha publicado el voluminoso trabajo que aquí comentamos. Este libro que pretende ser "una historia documental de Morelos, revolucionario", está compuesto de una *advertencia*, un *estudio preliminar* dividido en cinco apartados, una compilación de 232 documentos en su mayoría anotados y 8 *facsimiles*, uno de ellos un mapa.

El propio autor, y nosotros compartimos su opinión, considera como la más importante de su obra la parte documental, y señala de inmediato y atinadamente sus cualidades y deficiencias más visibles. Entre las primeras apunta la de haber realizado una cuidadosa revisión y cotejo de los textos para presentar, hasta donde fue posible, versiones depuradas, y también la importante labor de anotarlos para permitir así a los futuros investigadores una valoración historiográfica más exacta. Entre las deficiencias del trabajo se señalan, por una parte, la desigual calidad de los documentos reunidos, y por otra, las omisiones naturales en toda obra que no tiene la pretensión de ser exhaustiva. Sobre esta parte del libro, nosotros agregaríamos, la poco afortunada redacción de muchos de los títulos que sirven para dar "una idea del contenido" de cada documento: los títulos puestos ahora a la mayoría de los 32 textos publicados por el autor en otra compilación de 1963, son tan distintos entre sí que parecen corresponder a documentos diversos y no a los mismos.

Pero si el cuerpo documental resulta útil y en general satisfactorio, pensamos que no puede decirse lo mismo del estudio que lo precede y en cuya redacción se ha usado

principalmente esa misma documentación. El tono revisionista que campea en el *estudio preliminar* y que durante las primeras páginas se anuncia promisorio, acaba resolviéndose la mayoría de las veces en novedades y ajustes puramente eruditos y poco trascendentes, que rectifican, casi siempre sólo en detalles, a otras obras que, por cierto, no se mencionan con precisión. Así las cosas, cabe preguntarse, ¿qué razones pudieron influir para desvirtuar una tarea que, vista desde otros ángulos demuestra que su autor posee las capacidades y conocimientos necesarios para haber salido airoso en su empresa? Tales razones, de método, resultan además fácilmente descubribles: por ellas, ésta y otras muchas obras presentan un carácter muy definido, tienen un especial sello intelectual y hasta literario. Son los principios fundamentales de la historiografía tradicional de signo esencialista y patriótico. Es decir de aquella escuela que entiende los hechos y los personajes del pasado como entidades inalterables, siempre absurdamente iguales a sí mismos; en los cuales, por añadidura, lo heroico se vuelve siempre inhumano.

Dentro de esa corriente historiográfica se entiende y se explica perfectamente una obra como la de Lemoine. Acorde con los principios que profesa, el autor partió en su investigación con una imagen acabada de su personaje y, al concluir su tarea, la imagen había permanecido la misma. Cuanto pudo hacerla variar fue eludido o muy curiosamente explicado. Cuanto de nuevo parecían prometer los documentos no pudo penetrar el duro caparazón ontológico que la protegió siempre.

Todo lo anterior resulta claro desde las primeras páginas del libro,